

Desde la Puerta del Sol



Número 2 – 14 de noviembre de 2017

Tontos del bote

Emilio Álvarez Frías

Tontos del bote es una de las expresiones que se utiliza en nuestro país para designar a aquél que hace cosas desmañadamente, con escasa cordura, sin sentido lógico, con pocas luces. Pero ¿de dónde viene y cuál es su origen? Veamos.

Allá por el inicio del siglo XIX recibía tal título un tal Julián que pedía limosnas sentado en una desvencijada silla delante del convento de capuchinos de San Antonio del Prado, en la madrileña calle del Prado, convento que fue derruido en 1890. El Julián solía pedir la voluntad de una manera peculiar, mediante un bote, y lanzando sonidos guturales para llamar la atención de los transeúntes, como cuenta el cronista de la Villa, Dionisio Chaluié, quien no tiene arrobo en calificarlo como «un imbécil». Esto hizo a Julián acreedor del mote del «Tonto del bote». Incluso se cuenta que en una ocasión se escapó un toro bravo de la Plaza de Toros, enfiló la calle Alcalá, luego la Carrera de San Jerónimo hasta llegar a donde se encontraba Julián. Contra lo que esperaba todo el mundo, el toro no corneó a Julián sino que lo olfateó, dio un bufido, y sin hacerle nada, se alejó de él en dirección a la calle Atocha. Julián tuvo su momento de gloria ante el pueblo de Madrid, pero éste, cruel, al poco tiempo empezó a llamarlo «el tonto del bote».

Otros personajes que recibieron nombres apodos similares fueron «el bobo de Coria», «Perico el de los Palotes», «el tonto Abundio» y, muy frecuentemente, «el tonto del pueblo», mote que en muchos pueblos se designaba con ese apodo, con crueldad, a alguno de sus lugareños que padecía el síndrome de Down, enfermedad poco conocida y por ende no tratada en aquél entonces.

Evidentemente, cuanto antecede, tiene una razón: la de que últimamente nos vienen tomando por tontos del bote a los españoles que por respeto y civismo no sacamos los pies del tiesto, somos formales, cumplimos nuestras obligaciones incluso las tributarias, y deseamos vivir en paz. Y ¿por qué digo esto? Porque siguen sin enfrentarse los problemas con la seriedad y el rigor que merecen. Ahí tenemos ahora el asunto de Cataluña en el que se aplica un artículo 155 que solo se ha visto por el bufido, como el de los morlacos cuando se enfadan, pero poco más. Hay unos señores y unas señoras (en este caso es preciso distinguir el sexo) que han delinquido contra las leyes que nos hemos dado, en caso extremo, pudiendo ser de aplicación el delito no escrito y olvidado de lesa patria, se pues han producido movimientos de rebelión que comprometían la seguridad del Estado, con traición, perjurio de las promesas realizadas, causando considerable deterioro a la economía y seguridad nacional. Los delitos cometidos por estos individuos deben

En este número:

Tontos del bote, *Emilio Álvarez Frías*
El discurso del adversario, *Manuel Parra Celaya*
Alfonso Ponce de León, *José M^a García de Tiñón Aza*
Cataluña española, *Juan Manuel de Prada*
Puigdemont, capitán de la discordia, *M^a José López de Arenosa*
El apestado de Bruselas, *Salvador Sostres*
Sí, han despertado al león, *Ángel Pérez Guerra*
Franco, presente en Cataluña, *FNFF*
100 años, *Javier R. Portela*

estar inscritos entre los más graves, y, sin embargo, andan tan campantes por la calle, están preparando las elecciones con el fin de obtener buenos resultados que, pasados unos años, los permitan volver sobre las andadas ya que la aplicación del artículo 155, al parecer no contempla enderezar las instituciones, como es el caso de la enseñanza, y todas aquellas que vayan encaminadas a que el pueblo catalán, con sus peculiaridades, que nadie se las niega, camine junto con el del resto de España en pro de objetivos comunes. Y parara más inri, la desafiante presidenta del parlamento catalán, instigadora y provocadora de todos los acontecimientos habidos al respecto, justifica como «simbólico» toda la parafernalia de la declaración de independencia de Cataluña y del estado catalán.

Lo dicho, los españoles quedamos como los tontos del bote, ya que en las medidas tomadas se aprecia una enorme dejación de considerar los desmanes de determinados grupos catalanes como una algarada sin importancia, lo que desmiente cada día, cada hora, TV3, a la cual la permiten caliente permanentemente el ambiente para que las tropillas de desalmados movilizadas y controlados por el sindicato independiente Intersindical CSC se manifiesten salvajemente, cortando impunemente las carreteras, las vías de ferrocarril, y actuando cada día en el lugar que se les asigne, sin que sus dirigentes sean detenidos por instigación a desorden público y demás tropelías. Es más teniendo por compañeros a los mozos de escuadra que, al parecer, no tienen orden de cortar cuanto perjudica gravemente a la comunidad general.



Pues sí, nos la han dado como a los tontos del bote. Incluso pensábamos que en el bote iba a caer un artículo 155 que tocara todos los desmanes que se vienen produciendo en Cataluña desde hace cuarenta años, y sólo han caído unas migajas que dan para poco.

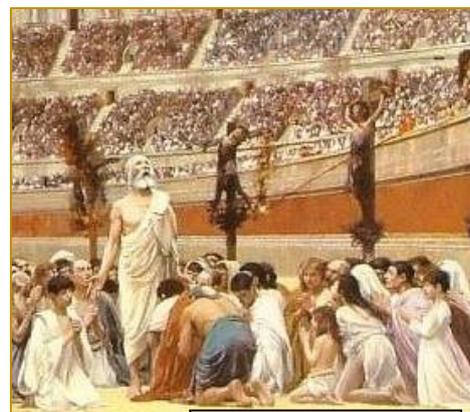
El discurso del adversario

Manuel Parra Celaya

Al adversario, por definición, hay que vencerlo. Cualquier duda o vacilación al respecto es presagio de una derrota propia, ocasionada por falta de convicción en la propia causa. Así, el espectacular crecimiento del separatismo en Cataluña en las últimas décadas se debe, no solo a las estudiadas y aplicadas estrategias, sino a la debilidad del Estado español que debía hacerle frente; y esto, como todo el mundo sabe, puede aplicarse sin distinción a los sucesivos gobiernos de izquierda y de derecha. Nuestra conclusión es que este Estado, a fuer de proclamarse *liberal*, no cree ni en sí mismo.

Quedamos en que la primera instancia es vencer; el aserto aconseja, además, convencer. Sin embargo, esto no es posible cuando ese adversario está fanatizado al extremo, pues ha hecho de su radical nacionalismo una suerte de religión, cuyos *dogmas* no pueden ser debatidos y deben aceptarse sin más, ya que forman parte del *credo* indiscutible, por muy irracional que nos pueda parecer a quienes no *comulgamos* con su fe.

Por muchas y excelentes razones que ofrezcamos, el adversario nacionalista no será en absoluto dúctil para admitirlas: la *deconstrucción* de la historia real y su sustitución por el mito impide hablar del pasado; la *mística* del presente obceca la evidencia, y la utopía del futuro de esa *tierra prometida* cierra las puertas a las previsiones de la lógica. Así, ya hemos visto que su invitación al *diálogo* cuenta siempre con una premisa inalterable: es *diálogo* para pactar la separación.



Hechos de la historia

¿Cuestión de soberbia? ¿Contumacia en el error? No: sencillamente estar en la convicción de que se posee la *verdad*, que está por encima de cualquier debate racional, verdad asimilada a su dios-nación, frente al cual no valen argumentos; es así y punto. Haría falta

un estudio serio acerca de cómo ha podido influir la procedencia clerical de sus prohombres en esta perspectiva, del mismo modo que se ha analizado cómo influyó el mesianismo hebraico de sus orígenes en las previsiones de Karl Marx.

¿Qué hacer, pues, si es imposible *convencer* con la inteligencia? Lo necesario es *sobrepasar por elevación el discurso del adversario*. Las aportaciones dialécticas que se le puedan formular sobre historia, economía, legalidad y marcos de referencia deben estar presididos por un *discurso propio y alternativo*, en el que la propuesta exceda en mucho al ámbito de lo sentimental.

No es positivo *enfrentar nuestros sentimientos a los suyos*, a su nacionalismo *otro* de mayor envergadura, porque –como quedó escrito– el que sea más cercano al terruño propio será más intenso y atraerá mucho más; es inútil glosar el verdor de otros céspedes o la limpieza de otros arroyos frente a la emotividad que puedan despertar la tierra que te vio nacer y la pureza de sus aguas. No es factible oponer un discurso centrípeto, sin más, a sus tesis centrífugas.

Del adversario nacionalista habrá que asumir aquellos aspectos sentimentales que no se opongan a los criterios de unidad y proyección universal de la patria común, que es España; hay que evitar que la derrota se una a un estado de rencor o que en la supuesta y necesaria victoria se agrave cualquier fondo de emotividad. Lo dijo claramente un catalán español e hispánico, Eugenio d'Ors: *Ni secar fuentes ni dejarse arrastrar por los torrentes*.

Hay que sobrepasar el discurso humillado y victimista del nacionalismo en Cataluña, y en



La Historia de hoy en las paredes

cualquier otro lugar en que se presente, proponiendo la integración del terruño, como realidad histórica y funcional, en una atrayente y más amplia realidad histórica y funcional llamada España, y esta, a su vez, en otro más amplia y subyugante que se tiene que llamar Europa.

Pero las palabras no bastarán, harán falta hechos que demuestren que el Estado español es capaz de llevar a cabo una doble empresa: de cara al interior, una profunda y completa tarea de regeneración social, económica,

política y ciudadana, que garantice presupuestos de justicia, de libertad, de autoridad, de progreso y de respeto a la herencia

tradicional; de cara al exterior, un firme compromiso de trascender a Europa, a América y al mundo conocido con una impronta española, un *sentido total de la vida y de la historia*, como aportación original y decisiva en la convivencia entre naciones.

¿Puede el actual Estado proponer al adversario interior de los nacionalismos (y a los adversarios exteriores existentes) estos alcances? Creemos que, de proseguir con su trayectoria, la iniciada en la llamada *transición*, escasamente. Debe creer en sí mismo para transformarse, y, de esta forma, conseguir la modificación completa del discurso con que debe oponerse a todos sus adversarios.

El pintor falangista

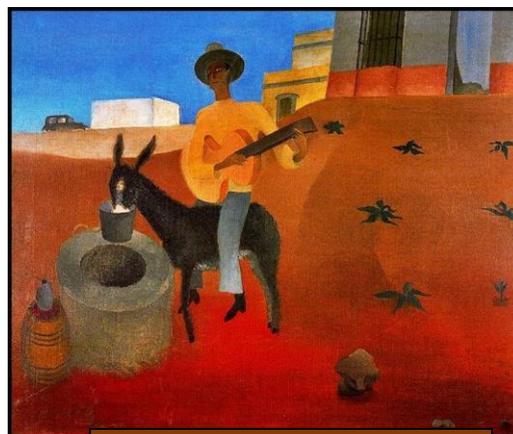
Alfonso Ponce de León

José M^a García de Tuñón Aza

Dionisio Ridruejo ha escrito de él que parecía un caballero del siglo XVII, pero no de los de empaque místico sino de los de empaque galante: frente alta con cumbre de ondas rubias, cejas redondeadas, nariz de dibujo largo y detallado, boca sensual, pero delgada, manos largas. Ponce era un pintor que oscilaba entre el surrealismo y el expresionismo. Algunos de sus cuadros eran líricos. Ridruejo ya se sorprendía, cuando escribió sus *Memorias*, que un pintor tan interesante haya desaparecido, como si dijéramos, del mapa. Nos recuerda el poeta que una ilustración del pintor no pudo pasar la edición facsímil que se hizo en 1938 del viejo

Arriba porque se trataba de una historieta en cuyos cuadros sucesivos –un falangista en el centro con dedo imperativo– se veía a los militares entrando en su cuartel, los curas en la iglesia, los obreros en su fábrica y, en el último, un capitalista recibiendo una patada en el trasero.

El mismo día que asesinaron a su hermano Guillermo y al siguiente lo fuera su padre Juan Ponce de León Encina, el 7 de noviembre, sería su otro hermano, Juan. Cuando terminó la guerra, el único hermano vivo que quedaba, Luis, casado con Gloria Martínez Molins, publicó una esquela, que reproducimos, donde incluye a su madre, Guadalupe Cabello Fernandez, que falleció «a consecuencia de los dolores y privaciones padecidos». No es de extrañar. El marido y tres hijos fueron víctimas del odio. El odio que vuelve de la mano de la que sus voceros llaman nueva política y que no es tal, sino más bien todo lo contrario. Francisco Largo Caballero no engañó a nadie. Posiblemente por eso cuenta en Madrid, junto con Indalecio Prieto, con un monumento, cuando ambos fueron los mayores responsables de la Revolución de Octubre de 1934. Mientras tanto, acogándose a la Ley de la Memoria Histórica, que trajo el inefable, el inútil, Rodríguez Zapatero sin que Rajoy hiciera nada por derogarla, va desapareciendo cualquier recuerdo que ellos, de una manera u otra, interpretan tuvo algo que ver con el 18 de julio de 1936. Incluso han llegado más allá borrando del callejero el nombre de José Calvo Sotelo, asesinado por los rojos unos días antes de aquella fecha. Es la ley del embudo. Y lo más grave, lo que no tiene nombre, es que en Asturias, todos los años, siguen celebrando la .Revolución de 1934.



«De Andalucía», Ponce de León

Pero nos estamos olvidando de Alfonso Ponce de León, motivo principal de este artículo. El pintor que nació en Málaga el 10 de septiembre de 1906. Cinco años más tarde, al amparo de una de sus abuelas, Encarnación Encina, los hermanos Ponce de León: Juan, Guillermo y Alfonso se trasladan a Madrid donde estudian en el Instituto Católico de Artes e Industria, dirigido por jesuitas. En 1916, Alfonso, se incorporó en el Instituto Cardenal Cisneros y más tarde, durante



«Jóvenes y un pescador». Ponce de León

cinco años, estudia en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, donde tuvo como compañeros de clase al escultor Emilio Aladrén, Salvador Dalí, Maruja Mallo y Remedios Varo. En el círculo de amigos estaba García Lorca, Luis Buñuel, José Moreno Villa y la joven Margarita Manso Robledo, una muchacha de ideas avanzadas, que también ingresó en San Fernando en 1924, donde tuvo como profesor a Julio Romero de Torres, y que terminaría casándose con nuestro pintor en diciembre de 1933. Margarita había nacido en la capital castellana de Valladolid, el 24 de noviembre de 1908 y durante su permanencia en la Academia de San Fernando se hizo muy amiga de Dalí y García Lorca. Éste al editar *Romancero gitano* dedicó a la bella Margarita el largo romance *Muerto de amor* del que reproducimos los primeros versos: *¿Qué aquello que reluce / por los altos corredores? / Cierra la puerta, hijo mío, / acaban de dar las once. / En mis ojos, sin querer, / relumbran cuatro faroles. / Será que l a gente aquella / estará fregando el cobre.*

Con sólo 23 años, concurre al primer Salón de Artistas Independientes que había sido inaugurado por el escritor y crítico de arte José Francés. Ponce de León presentó un dibujo, *Golfo*, y cuatro óleos: *Andaluza en el mar*, *La peinadora*, *Puestos*, y *Bodegón de un frutero y un papel*. A esta exposición también le dedicó un extenso artículo, en la revista *Blanco y Negro* de Madrid, el 15 de diciembre de 1929, el ilustre académico Antonio Méndez Casal, que da los nombres de todos

los artistas que exponen: Díaz Caneja, Rafael Boti, Cobo Barquera, López Obrero, Servando del Pilar, Pablo Zelaya y Ponce de León. De este último destaca el cuadro de frutas «con un acorde triste y áspero, pero fuerte». El artículo que ocupa cinco páginas de la revista, va ilustrado con la fotografía de algunos de los cuadros expuestos. También, junto con otros pintores, participó en

la Exposición de Pintura Moderna que tuvo lugar en el Gran Casino de San Sebastián donde presentó dos obras, *La juventud de Greta Garbo* y *Naturaleza medio muerta*. Se exhibe también una película de Luis Buñuel y el fundador de *La Gaceta Literaria*, Ernesto Giménez Caballero, pronunció unas palabras. En los últimos días hubo un recital poético a cargo de Rafael Alberti. Esta muestra, organizada por el Ateneo, fue dirigida por el falangista, el arquitecto José Manuel Aizpurua. Éste, comenzada la Guerra Civil, fue detenido y fusilado en la cárcel de Ondarreta de San Sebastián el 6 de septiembre de 1936.

Los acontecimientos ya se habían precipitado y los españoles, de un lado y de otro, no son capaces de convivir y el 18 de julio de 1936 da comienzo la contienda que habría de durar cerca de tres años. En medio del caos que se produce a continuación, Ponce de León es detenido en el mes de septiembre siguiente, cuando estaba en compañía de su esposa. Dicen que torturado para que les diera nombres de otros falangistas. Y Dionisio Ridruejo cuenta que el pintor, cuando comenzó la guerra civil solía acercarse a su casa silbando el himno falangista y seguramente no dejó de silbarlo hasta que se lo llevaron al muro donde sería asesinado y su cuerpo abandonado en una cuneta. Era el 20 de septiembre de 1936, y su cadáver descubierto el día 29

siguiente y enterrado en una fosa común. Desde febrero de 1944 sus restos reposan en el cementerio de la Almudena de Madrid.

Cataluña española

Juan Manuel De Prada (XLSemanal)

En estos días tristes en que la herida del separatismo sangra más que nunca (y, si se cierra, será en falso), mucha gente piensa que, para restaurar la unidad de España, basta con invocar la Constitución de 1978, que ha dado alas al mal que se pretende combatir. Estas invocaciones a la Constitución me recuerdan las chanzas que le dirige el ciego al Lázaro, mientras le aplica vino en las heridas que él mismo le ha causado, descalabrándolo con una jarra de vino: «¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud». Es cierto que querer sanarnos con lo que antes nos ha enfermado es error muy propio de nuestra época petulante. Pero la perseverancia en el error sólo acarrea más dolor y quebranto.

La Constitución del 78 instauró una unidad artificial (una «liga aparente», que diría Unamuno) en nada parecida a la unidad histórica de España, que amparaba la más espléndida variedad de tradiciones culturales e instituciones jurídicas (que el rey español tenía que jurar, a cambio de conseguir la lealtad de cada pueblo); y la argamasa que mantenía cohesionada tanta variedad era la unidad de creencias, que favorecía la creación natural de lazos de raigambre. Contra esta unidad histórica se alzó en el siglo XIX una utopía arbitrista que quiso hacer tabla rasa de tan espléndida variedad, instaurando un régimen administrativo homogéneo, organizado de arriba abajo. Esta utopía arbitrista destruyó nuestra unidad histórica, que se fundaba sobre las diferencias y se había construido de abajo arriba; pues cada marca, señorío, condado, principado o reino se había incorporado al proyecto colectivo en condiciones distintas. Y, no contenta con desatender la naturaleza de la unidad española, esta utopía arbitrista rompió la unidad de creencias que nos había servido de amalgama y separó a los españoles por abismos de ideas

contradictorias y ríos de odio. Así nacieron los separatismos, que son la respuesta natural a este arbitrio; y que, en puridad, no son sino réplicas en miniatura de su delirio, regurgitaciones sentimentales de las quimeras contractualistas que el liberalismo había acuñado (nación, soberanía, etcétera). Nuestra Constitución del 78 pretendió mezclar en su coctelera ambos disolventes: consagrando, por un lado, una unidad artificial de España que, a la vez que se acoge a la tabla rasa contractualista, rompe la unidad de creencias; instaurando, por otro lado, un régimen administrativo autonómico sin ningún fundamento histórico, con el solo propósito de halagar con un placebo y sobornar con riadas de dinero a los separatismos.

¿Alguien puede creer seriamente que con estos mimbres se pueda lograr la unidad de España? Tal vez sean el paraíso de la demogresca, que se alimenta extendiendo la cizaña entre los pueblos; tal vez sirva para fortalecer a las distintas facciones políticas, que convirtiendo a sus adeptos en jenizaros de tal o cual ideología se aseguran su alternancia en el poder. Pero no hay patria que pueda mantenerse unida con tales ingredientes explosivos. Unamuno nos alertaba sabiamente que sólo la religión dota de un «espíritu común» a los pueblos; y que toda unidad que no tenga como argamasa la religión es «la liga aparente de la aglomeración». Esta liga aparente de la aglomeración se ha sostenido con sobornos económicos que han llenado los bolsillos de una oligarquía política corrupta; pero, a la vez que se sostenía esta liga aparente, se erosionaba lo que Unamuno llamaba «la patria del espíritu», que no se construye con cesiones de competencias ni con cambalaches politiquillos, sino con lazos de raigambre verdaderos, con amores y dolores compartidos. Esta patria del espíritu fue la que alentó al ejército catalán que, desde la Marca Hispánica, colaboró en el proyecto común de la Reconquista; esta patria del espíritu fue la que inspiró a los catalanes su heroica resistencia en el sitio de Gerona y sus hazañas en el Bruch, hitos fundamentales en la derrota del invasor francés.



La Marca Hispánica y los condados catalanes durante la reconquista

Y es que los catalanes siempre fueron un pueblo extraordinariamente aguerrido. Lo fueron mientras defendieron la patria del espíritu a la que se refería Unamuno; y lo fueron también cuando, destruida esa patria del espíritu por los arbitristas, se empezaron a bañar en los ríos del odio. Quienes piensan que las turbulencias económicas y el miedo a quedarse «fuera de Europa» achantarán a los catalanes no conocen a este pueblo (al que confunden con sus oligarquías corruptas). No habrá una Cataluña española mientras no se restablezca nuestra unidad histórica. Todo lo demás es querer sanar usando como remedio lo que antes nos ha enfermado. O sea, puro cinismo.

Puigdemont, capitán de la discordia

María José López de Arenosa

Además de tardar más de una hora en dar la señal de alarma, el capitán Schettino abandonó el barco cuando todavía no había terminado la evacuación en uno de los actos de cobardía más viles y grotescos de lo que va de siglo. 32 pasajeros fallecieron.

Nuestro capitán Flequillo no tenía capacidad personal ni operativa para llevar su trasatlántico independentista a ninguna parte. La travesía ya se había llevado por delante la convivencia y más de 2.000 empresas de la región más próspera de España. Después de sembrar la discordia ignorando todas las advertencias y cartas de navegación, en una maniobra temeraria, encalló el buque de la independencia contra la realidad del Estado de Derecho. Haciendo gala de un espíritu heroico sin parangón, el capitán Puigdemont abandonó el barco dejando a sus seguidores sumidos en el desconcierto y a sus compañeros de gobierno solos ante la juez Lamela quien, a raíz de la fuga del expresidente y otros cuatro consejeros, ordenó cárcel sin fianza para los demás, menos Santi Vila, el espabilao que, como las ratas, saltó del barco justo a tiempo.

Walt Whitman, en su elegía a Abraham Lincoln tras su asesinato, escribió uno de los poemas más emotivos y declamados de la poesía americana: «¡Oh, Capitán, mi Capitán!». Al contrario que en el poema de Whitman, Puigdemont deja como legado una nave desgajada mientras él, sin un rasguño, abandona a su pueblo y se va a Bruselas a comer mejillones.

Como los agasajados por el capitán del Costa Concordia, los miembros de la CUP se van (por ahora) de rositas porque la responsabilidad de gobierno no era suya. El capitán podía haber pensado en los pasajeros –en todos los catalanes– la razón suprema por la que él estaba al mando, y no en complacer a un grupo de radicales. Carles Puigdemont pudo haber convocado elecciones. También pudo dimitir si la presión vía Twitter (manda narices el poder que esta sociedad desquiciada concede a unos activistas anónimos) le resultaba inasumible y dejar a Junqueras al mando. Prefirió la huida hacia adelante para contentar a sus socios de gobierno.



Puigdemont en Bruselas en olor de multitud. ¿Quién paga todo esto?

pupilo aventajado. Su trayectoria, desde su investidura hasta el pasado 10 de octubre, con el coitus interruptus de la independencia no declarada pero sí suspendida, debía ser un aviso a navegantes ingenuos; una demostración de hasta dónde podía llegar su cobardía y su espíritu tramposo y trilerero.

Desde Bruselas, el abogado de Puigdemont, un tal Paul Bekaert, dice que no se fía un pelo de la Justicia española. Pues nada, hombre, fíese usted de los pelos del heroico capitán Flequillo y verá cómo le va. Yo, que tengo unos conocimientos jurídicos tan escasos como los que tiene usted sobre España, le invito a fijarse en la suerte de quienes confiaron en el expresidente de la Generalidad. Adelante. Confíe en su cliente, señor Bakaert. Antes que usted ya lo hicieron otros mandrines y ahora están en la cárcel. Trabajar al servicio de un traidor está en sintonía con su trayectoria de defensor de etarras. Confiar y unir su destino al de un cobarde de esa catadura moral, le brindará la retribución que su infamia merece después de haber atacado la credibilidad de España y sus instituciones para quedarse con las monedas de Judas. Por mi parte, le deseo a usted el mismo repudio eterno que tuvo el Iscariote.

El apestado de Bruselas

Salvador Sostres (ABC)

Carles Puigdemont empieza a ser la tieta de Serrat, a «la que ningún no vol si un bon dia pren mal». Y mientras desde Bruselas intenta reivindicarse como el legítimo presidente de la Generalitat –y no de la república catalana que él mismo declaró, por lo visto simbólicamente, según admitió ayer Carme Forcadell–, desde Barcelona se le ve cada vez más como a un pobre chiflado que quema sus días dando de comer a las palomas de la Grand Place.

Si con su fuga abandonó a su gobierno, a su partido y a su pueblo, ahora es él quien está siendo abandonado y a todo el mundo incomoda su voluntad de presentarse a las elecciones de diciembre. La candidatura presidencial que reclama, integrada por la totalidad de las fuerzas independentistas, es vista como un lastre por igual por todos los secesionistas. Esquerra, en su equilibrio permanente por tratar por todos los medios de separarse del PDECat sin que se le note un excesivo afán por ganar las elecciones, accedió a la lista unitaria pero con la condición de que estuvieran realmente todos, desde la antigua Convergència a la CUP, pasando por los escindidos de Unió y el dimisionario Dante Fachin de la franquicia catalana de Podemos. La CUP decidirá este sábado en una de sus famosas asambleas cómo se presenta a las elecciones, pero ninguna de las cuatro opciones que someterá a votación incluye compartir cartel con los neoconvergentes.



Carlos Puigdemont pasea por Bruselas, soportando las recomendaciones de los españoles

En la misma medida, el propio partido de Puigdemont, que por cierto todavía preside Artur Mas, no quiere a la CUP de compañera de viaje, tanto por su extravagancia como por el resentimiento personalísimo de un Mas al que los anticapitalistas «tiraron a la papelera de la Historia». En lo que sí coinciden la CUP y el PDECat –para no quedar mal ante parte del electorado de buena fe que piensa que la lista única soberanista es la mejor

opción– es en echar la culpa de la ruptura de la «unidad» a ERC, porque les come electorado por la izquierda y la derecha.

El pasado viernes, la coordinadora general del PDECat, Marta Pascal, explicaba a la prensa que su partido celebraría primarias para elegir al candidato. Pero el mismo día al cabo de pocas horas, el señor Puigdemont, desde Bruselas y sin previo aviso, oficializaba su disposición a ser candidato de una lista unitaria independentista.

La nueva puigdemonada tenía un doble filo: se saltaba a la dirección de su partido, en quien nunca ha confiado y, o bien obligaba a Junqueras a renunciar por segunda vez a ser candidato (la primera fue con Junts pel Sí en 2015), o bien frenaba sus expectativas electorales. Pero la duda duró poco: Esquerra no quería juntarse con ninguno de los dos partidos por considerarlos un lastre: a unos por corruptos y a otros por ridículos, pero dejó que fuera la CUP quien dijera que no quería mezclarse con los convergentes.

Convergència ya sabe que no habrá lista única y también que por épica que pueda parecer la falsa mítica del president exiliado, su candidatura les conduce a la marginalidad, al «friquismo» y a quedarse encallados en un discurso que los catalanes han superado, como lo demuestran las cada vez menos concurridas demostraciones callejeras y el muy escaso seguimiento que tuvo la huelga general del miércoles. De modo que, asumiendo que su máxima aspiración es disputarse la tercera o cuarta plaza, auspiciará una agrupación de electores que pedirá una lista encabezada por Puigdemont con todos los consellers procesados acompañándolo y los «Jordis» para darle el toque civil. Una propuesta que Puigdemont aceptará en los próximos días desde su refugio en Bruselas.

Una agrupación de electores necesita 55.000 firmas para concurrir a los comicios del 21D. Mas, Quico Homs y los proveedores habituales de la Generalitat y de Convergència (que casualmente casi siempre los mismos) están trabajando para darle forma. Tienen tiempo hasta el día 17.

Es una operación que saben que nace muerta pero que usarán como banderín de enganche de los independentistas de buena fe para arrojarlos contra Junqueras, haciéndole aparecer como único culpable de que no se haya consolidado una lista única «de país». Es típica operación de desgaste de la vieja convergencia, que en esta ocasión pretende «robarle» 5 o 6 escaños a Junqueras para que, por mucho que gane las elecciones, Cataluña sea ingobernable y no pueda hacer prácticamente nada como president. Así Mas destruyó al Tripartito y superó su particular travesía del desierto.

Sólo algunos de los más inteligentes convergentes que llevan años fuera de la administración saben que no conviene enfadar en exceso a los republicanos. Junqueras y sus muchachos, francamente molestos con esta «operación desgaste», han empezado a pedir presupuesto y metodología a distintas consultoras de auditoría para revisar hasta la última de las facturas de la administración convergente desde 2010 y mandar todas las irregularidades que detecten (que no se auguran pocas) como mínimo a la oficina antifraude, cuando no a la Guardia Civil. En eso Esquerra nunca ha mostrado ningún complejo alguno y se sabe limpia de corrupción.

Sí, han despertado al león

Ángel Pérez Guerra *(Diario de Sevilla)*

En los artículos de Rafael Sánchez Saus, excelso docente universitario de los clásicos, historiador benemérito y sobre todo grandísima persona, tenemos siempre destellos que nos ayudan a comprender lo que está pasando, algo que, en definitiva, es lo que quienes escribimos o hablamos –en ocasiones más de la cuenta– constituye nuestra razón de ser. Su proclama acerca del «español anónimo» que colgó la primera bandera en su balcón mueve a pensar, y mucho, que a menudo nos han enseñado, a nuestra generación ya en edad adulta, a venirnos abajo, salvo en un campo de juego que ustedes ya saben cuál es. La remontada de la vocación española, hecha visible en las calles de Barcelona sólo tres días después de la supuesta declaración de independencia y revalidada más tarde, fue como el gran zamarreón que un lejano día de Cuaresma aconsejó el abogado sevillano Manuel Toro en su pregón a los cofrades para salir del muermo, como se agita el cirio cuando acumula demasiada cera líquida para que no ahogue la llama del pabito. A «espabilar», en suma. En este caso, estamos asistiendo al despertar de una conciencia que parecía muerta pero, como Lázaro, sólo aguardaba las palabras justas –las de la independencia de Cataluña– para pasar a los hechos, salir a la calle y emigrar, como en el impresionante cántico de Garabaín, de la muerte a la luz.



Confieso que durante los días posteriores a la tercera tentativa histórica, también desbaratada, de secesión catalana (esperemos que a la tercera se rindan los golpistas contumaces, aunque es mucha esperanza) mi desaliento iba parejo a mi estupor. Me sentía indignado principalmente con mis gobernantes, que tras haber recibido una lección ejemplar por parte de Su Majestad el Rey, parecían hacer oídos sordos al mensaje y dejaron que los hechos consumados triunfasen. Reconozco también que a día de hoy ignoro si mi convicción de que nunca se debió haber llegado a esto y que la herramienta para evitarlo siempre fue una aplicación más temprana del 155 estaba en lo cierto o no. ¿Y si fracasa la fórmula electoral de última hora para evitar la suspensión completa de la autonomía catalana que demandaba la asonada golpista? Cada día encuentro más averiadas mis hipotéticas dotes de profeta. Aznar lo ha dejado claro: «Las cosas se pondrían peor que antes del 155».



Pero, por mi parte, empiezo a salir de ese estado de amargura en el que me sumió el malhadado paso de los setenta parlamentarios catalanes; se disuelve poco a poco el nudo en la garganta y en el pensamiento que me tenía maniatado y vuelvo a escribir, señal siempre de que la vida sigue, como la fe en ella, y se restablece desde los también necesarios territorios del silencio. No obstante, para mí, y desde que he visto las rojigualdas lucir y ondear al aire de España me consta también que para otros muchos, éste ha sido un episodio sin precedente en nuestras vidas y que quiera Dios no se repita, porque la huella que ha dejado en millones de ciudadanos –y es que antes que eso somos personas y pertenecemos a una

cosmovisión común como españoles- va a perdurar en nosotros mientras vivamos, como una sensación de vértigo extraña a nuestra manera de percibir las cosas, que nos convierte también en ajenos a nosotros mismos. Y eso, amigos, es lo más grave que, como comunidad de individuos inteligentes, nos puede suceder.

Repongámonos, sí, emborrachémonos por un día de patriotismo, para enjugar en el vino del orgullo nacional el triunfo de la razón que siempre estará con la unión –«Unión de Reinos», gestada por los Reyes Católicos y embrión de nuestra gran nación- y por lo tanto contra la división. Tras tanto tiempo de complejos y timideces, es necesario recuperar la autoestima como españoles. Es inexcusable después del desafío recibido, del guante estrellado («estelado») en nuestras caras. Y al día siguiente, como cantaba María Ostiz, a trabajar; es decir a buscar ocupación para nuestra juventud –también para ésta extraviada por los cabecillas de la revuelta- antes de que sea demasiado tarde y cumplan demasiados años. Obviamente, hablo de un trabajo digno, no del que en la actualidad predomina en el mercado español. Porque ésta es la única manera de que, gane quien gane las elecciones el día 21 de diciembre o cuando sea, un país renazca de sus peores pesadillas y conquiste un futuro hermoso para todos, repleto de oportunidades para ejercer la libertad de ser españoles.

Franco, presente en Cataluña

FNFF

cerca de cumplirse los 42 años de su muerte rodeado del amor y el agradecimiento de millones de españoles, Francisco Franco está tan presente en el debate y las calles de Cataluña como cuando estaba vivo y era agasajado por multitudes catalanas.

La Fundación Francisco Franco está tan asombrada por la constante invocación que hacen los políticos y los creadores de opinión nacionalistas del Caudillo como cualquier otro ciudadano.

Por desgracia, estas invocaciones no se hacen, ni para agradecer la enorme obra que realizó la España del 18 de Julio en Cataluña, ni para poner como ejemplo de honradez y austeridad a la Administración del Estado de entonces, sino para incitar al odio entre catalanes.

En los días pasados, en un momento de especial exasperación, un senador del PNV, Jokin Bildarratz, afirmó que el artículo 155 de la Constitución no se aplicó «ni con Franco». Franco es el culpable de que la Generalidad golpista no obtenga reconocimiento internacional, de que la prensa extranjera desmonte las «fake news» elaboradas por sus agencias de comunicación, de que los catalanes se dividan y peleen, de que los dirigentes separatistas se vean a las puertas de la cárcel y despojados de sus instrumentos de corrupción, del cambio climático y de la sequía...

Si alguien necesitaba pruebas de la manipulación que se difunde en la sociedad catalana a través de los medios de comunicación, la escuela y la universidad, basta recordar la cita del historiador Henry Kamen sobre el universitario catalán que creía, contra toda prueba, que la guerra civil de 1936-1939 había sido una guerra de España contra Cataluña.



Barcelona aclama a Franco en la visita de 1970

Es Cataluña la región de España donde la «memoria histórica» primero mutó en «memoria democrática» y donde la mentira es más aceptada, por convicción, por interés o por miedo, ya que quien se opone a ella es excluido, ridiculizado y hasta perseguido.

La realidad histórica es que la España de Franco significó un periodo de auge enorme para Cataluña. No hay datos de la economía regional catalana hasta 1955, pero entre ese año y 1975, el PIB real de Cataluña aumentó su peso sobre la economía nacional del 17,7% al 19,1%. Por

contra, el PIB actual de Cataluña supone únicamente el 18,9% del total de España, o dicho de otra manera, desde que Cataluña alcanzó su autonomía, no sólo ha dejado de crecer más que el conjunto de España, sino que se empobrece en términos relativos.

Barcelona, según el testimonio de Juan Antonio Samaranch, fue la provincia española que más voluntarios dio al Ejército Nacional en la guerra. La unidad más condecorada del bando nacional fue el Tercio de Nuestra Señora de Montserrat. La fábrica de la SEAT se instaló en la Zona Franca de Barcelona con apoyo del Gobierno nacional. Al concluir la vida de Francisco Franco, Barcelona estaba entre las cinco provincias españolas con mayor renta per cápita, y Cataluña era la región que tenía más kilómetros de autopista.

La sociedad catalana reconoció estos logros con los recibimientos populares a Francisco Franco en sus quince visitas –con pancartas y carteles en lengua catalana– o las tres medallas de oro que le impartió el FC Barcelona, la última a título póstumo. Una gran mayoría de catalanes apoyó la España del 18 de Julio, siendo algunos de ellos pilares de la misma, como Laureano López Rodó. Instaurados el olvido y la mentira, algunos de sus descendientes forman parte de la conspiración golpista contra España, como el actual conde de Godó, cuyo padre fue procurador en las Cortes Orgánicas durante cinco legislaturas, o el cantante Lluís Llach, cuyo padre fue voluntario requeté en la guerra y luego alcalde de Verges.

En la España del 18 de Julio hubo más clases de lengua catalana –las escuelas municipales del Ayuntamiento de Barcelona impartieron a partir del curso 1967-68 cinco horas semanales de



lengua catalana, según publicó *La Vanguardia Española* en su edición del 12 de septiembre de 1967–, que ahora de castellano: los colegios públicos controlados por la Generalidad imparten únicamente dos horas de lengua castellana.

Y quién ha retirado la «senyera» de las calles y las instituciones oficiales no ha sido la España de Franco, sino los secesionistas, para sustituirla por la «estelada», bandera de partido.

Entre las mayores paradojas del proceso separatista destaca la desindustrialización de Cataluña. La España de Franco fomentó la implantación de industrias privadas y públicas, nacionales y extranjeras, principalmente en Barcelona y Tarragona, para lo que empleó a través de las cajas de ahorros el dinero de muchos españoles. Por el contrario, los separatistas están ahuyentando a las mayores empresas catalanas a otras tierras españolas.

La FNFF conmina a los políticos secesionistas a que eliminen la mentira de la vida pública y dirijan sus afanes a la búsqueda del bien común, siguiendo el ejemplo que impartió Francisco Franco. Pueden hallar inspiración en su paisano Francesc Cambó, que ante la crisis española de 1936 ayudó a sus compañeros de la Lliga a donar su dinero y en algunos casos su vida al movimiento salvador encabezado por Francisco Franco.

100 años:

100 millones de muertos. Y una paradoja de por medio

Javier R. Portella (*El Manifiesto*)

Nadie podía predecir el triunfo –hace cien años– de la Revolución que asoló la Rusia convertida en Unión Soviética. Nadie podía predecir tampoco el desmoronamiento, por súbita implosión interna, del imperio comunista el 8 de diciembre de 1991. Los imprevistos de la Historia de los que hablaba Dominique Venner marcan indudablemente su cadencia.

Y entre ambas fechas, 100, cien millones de muertos, millón más, millón menos: tal es el balance –refrendado por los más serios historiadores, como el francés Stéphane Courtois, autor del célebre *Libro negro del comunismo*– de la más siniestra empresa de toda la Historia. Bien lo sabemos en España, donde desde octubre de 1934 en Asturias hasta el 1º de abril de 1939 en la mitad del país triunfó, con idénticas tropelías y horrores, la misma revolución comunista. Pero la vencimos. Es más, nos cabe el honor de haber sido el único país del mundo que, con las armas en la mano, ha conseguido liberarse por sí mismo del terror rojo.

¿Fue un bien?... Que me perdonen nuestros muertos, que me disculpen nuestros héroes: el mero hecho de formular semejante pregunta pudiera parecer una deslealtad hacia ellos. No lo es en absoluto. La victoria conseguida gracias a aquella lucha –el único comportamiento digno y cabal– constituyó indudablemente el más alto bien. Lo constituyó en lo inmediato. Sucede sin embargo que, cuando casi 80 años después de aquel triunfo aquí y casi 30 años después de aquel hundimiento ahí (en la Unión Soviética y en los países por ella sometidos), uno compara el latido espiritual que mueve a los hombres aquí y ahí, resulta imposible no enfrentarse a la más desgarradora, a la más cruel de las paradojas.

Nada podrá justificar nunca ni cien millones de muertos ni toda la miseria espiritual y material que aquel régimen tan infausto como grotesco engendró. Nada: ni siquiera la paradoja que ahora estalla ante nuestros ojos estupefactos.

La paradoja: la de constatar que las sociedades que, como la rusa, o la húngara, o la polaca, o la checa..., salen del comunismo son, a día de hoy, las únicas sociedades realmente sanas de Europa; las únicas que proclaman y defienden con fuerza su identidad colectiva; las únicas en las que la patria alcanza su sentido pleno y fuerte; las únicas que se alzan resueltamente frente a la gran amenaza de la invasión islámica y tercermundista; las únicas que afirman valores espirituales;



las únicas en las que, sin caer en homofobia alguna o en cavernícolas principios morales (inmorales sería más exacto), se oponen resueltamente a los degenerados delirios de «la ideología de género» y al activismo LGTBI en general.

¿Cómo explicarlo? ¿Cómo entender que tras ochenta años de aquel régimen que de tan brutal y atroz hasta resultaba grotesco, tal sea ahí el estado de espíritu imperante, mientras

que tras cuarenta años de liberal libertad, progreso y democracia el resultado, aquí (tanto en España como en el resto del mundo occidental) es exactamente el contrario? Sólo cabe una explicación: fue tal la brutalidad y atrocidad de los desmanes comunistas que sus ideas no hicieron mella en el espíritu de las gentes. No conquistaron su alma. Dejaron desde luego hambrientos los cuerpos y perseguidos los espíritus: pero tanto y hasta tal grado que, por ello mismo, el fondo anímico de la nación no lo consiguieron tocar. Quedaron preservados, mantenidos los valores de antes de la revolución. Aniquilada la imposición del materialismo histórico, se reabrieron las iglesias con inusitada fuerza, renació una pujante espiritualidad, volvieron a brillar, más resplandecientes aún, las doradas cúpulas de los templos ortodoxos.

Exactamente todo lo contrario de lo que consigue la sutil y sofisticada dominación democrático-liberal: esta sujeción que, encubierta tras una infinidad de las más hábiles coartadas, no por ello es menos implacable y eficaz. Lo es infinitamente más. Ella sí que llega –día a día lo constatamos– al fondo mismo de las almas.